

con estremecimiento de su alma, á Lecharme, Lecharme viejo, enfermo, ruinoso, con un lamentable carrick sin botones. Baveando de furor en medio de la calzada, braceaba y amenazaba con su impotente bastón á los postillones y al coche estruendoso que estuvo cerca de atropellarlo y aplastarle...

## SEGUNDA PARTE



## CAPÍTULO I

«¡Estos viejos torreo-  
nes ya no resisti-  
rán otros asaltos!»

LORD BYRON,  
*Childe Harold*



UABRADO en roca, hacia las postrimerías del siglo x, sobre la margen derecha del Loire, á dos horas de Tours, por Fulco Nera, el Halcón negro de Anjou, que guerreó en Palestina por el Santo Sepulcro, fué rey de Jerusalém, y murió en una cacería; reedificado en el siglo XIII, gracias á los cuidados de Pedro de la Brosse, hijo de un capitán de mazas de San Luis, el mismo que llegado á ministro de Felipe el Atrevido, fué acusado de traición, juzgado en Vinennes, y colgado en las hor-

cas patibularias en 1278; torre por torre, durante cerca de doscientos años, ganado, perdido, recuperado, y arrebatado de nuevo por los Ingleses; ennoblecido por el casamiento político de Carlos VIII y Ana de Beaujeu, que celebróse en su capilla, con asistencia de los duques de Orleans y de Borgoña, del príncipe de Orange, de los condes de Angulema, de Foy y de Vendome; propiedad más tarde de las casas de Bellay, de los Effiat, de los Luynes;—finalmente, adquirido hacia 1810 por un cierto conde de Boute-Renard, un excéntrico misántropo que acababa de morir, después de treinta y cinco años de celibato, dejando su inmenso caudal á la señora de Saint-Salbi, su prima lejana, á la que nada más viera una vez, siendo todavía doncella; este muy glorioso castillo de Langeais (dentro del cual, Roulette, después de olfatearlo todo decidía murarse aguardando una muerte que vislumbraba dulcísima y serena) le vantaba y perfilaba altivamente el más puro, el más terrible, el más principesco y magnífico modelo de la arquitectura de las Cruzadas.

Vigilando siempre desde la eminencia, donde estaba agarrado formidablemente, la cercana villa que no pasaría de mil doscientas almas, y toda la dilatada campaña, ceñido de fosos que las aguas del Romer y de las lluvias llenaban de fungosidades glaucas, enarbolaba, como álamos de piedras, sus majestuosas torres de almenas, en un perímetro de cuatrocientos pies, taladradas de ciento ochenta saeteras de barbacana y setenta arpilleras, con techos agudos erizados de lanzas, que parecían querer atravesar el cielo, y al rededor de ellas giraban horizontalmente — ¡feudales veletas! — oriflamas y gonfalones de hierro, flor-delisados por herrumbres de los siglos.

Llegábase á su portal de ojiva por una puente levadiza, vieja y anquilosada, provista aun de sus cadenas y rastrillo, que ya no funcionaban, y dentro, después de la posterna, hallábase la plaza de armas, cuyos muros en vez de almenas y troneras tenían lumbreras y claraboyas de elegantes líneas y torreones gentilísimos con vanos de cruceros á la

manera del Primaticio. Más allá de las ruinas románicas del antiguo castillo, espaciábase un parque rigurosamente plantado y recortado según el gusto de M. Le Nôtre, con asientos de bojes de figura de canastillos, céspedes geométricos, parterres al compás, mosaicos de flores y una fontana melancólica de taza de mármol musgoso, cuyos bordes hendidos se iban desmenuzando bajo las espadas de iris. La fortaleza estaba separada en dos partes; en la antepuerta, la castellanía con la «justicia» y sus prisiones, que por mandado del nuevo señor se trocaron en ballerizas, cocheras, dependencias de lacayos; y el castillo, levantado en el alto patio, y donde estaban las habitaciones, una honda, una interminable andana — repetida en muchos pisos — de vastos aposentos y salones de muros de ocho pies de espesor, con rosetones robustamente empotrados, espléndidas y monumentales chimeneas, de fondo de bronce, bajo cuya campana, un caballero armado para torneo podía pasar sin rendir un saludo, y en cuyos hogares, encina á encina se

deshicieron y convirtieron en humo veinte leguas de bosques.

Fácilmente puede adivinarse el pasmo de todo el lugar, la tarde del inesperado arribo de los condes de Spade en su polvorienta silla de postas. Pronto se supo que eran los nuevos señores, y que traían el designio de hacer de Langeais su residencia permanente. Al cabo de los ocho días primeros — (durante los cuales estuvo el castillo como muerto, y sus huéspedes sin asomarse ni moverse) fué apareciendo una lenta y continuada procesión de enormes carros de estupendas vacas que iba engulléndose el portal, y que según se afirmaba, venían atestados de mueblaje, de gabinetes enteros, de tapices y estofas tejidos de oro, de fabulosas riquezas...

Las lenguas más afiladas y maldicientes se entregaron á la murmuración; y no hubo en el villaje, casa, tienda ni hospedería donde no se dijeran zumbas y chismes de los nuevos y enigmáticos castellanos.

Dos meses bien cumplidos necesitó el conde de Spade para llevar á término la instalación de las habitacio-

nes según soñara, y fué escaso tiempo considerando la inmensidad de butacas, estrados, pinturas, bibliotecas, cómodas, armarios, lámparas y mil objetos de mil hechuras de un costoso menaje que hizo traer de París en convoyes de carretas.

Personalmente dirigía la ridícula y degradante transformación de las vastas salas de muros severos y nobles crujías y soportes, que—no obstante los tímidos advertimientos que le hacían acerca de su carácter gótico—el señor ordenaba amueblar al estilo del XVIII, exigiendo caprichos de imitaciones grotescas, amorcillos gordinflones, sedas rameadas, consolas y chucherías. Y la ruda fortaleza, consciente de la monstruosidad que iba padeciendo, devoraba su humillación de verse y sentirse feudal y churrigueresca al mismo tiempo, y sufría bajo la zarpa sacrilega de los tapiceros la más chavacana de las metamorfosis, artesonada con pinturas galantes, decorada con aguadas de pastores, de blancos corderos y jaulas de pajarillos, brochada de damascos, avergonzada de sus rosas y de mirar las Palomas

de Cítarea anidar en el yelmo del Halcón negro de Anjou, contristada de sus amanerados atributos, de rastrillos de jardinería y cayados y flautas del Dios Pan, que reemplazaban sobre sus muros de roca las panoplias de dagas y arcabuces y los haces de artesanas...

Lejos de conmovirse por los lastimeros reproches que le arrojaban á los ojos las puertas, que á despecho de todo seguían siendo ojivales, y los hondos vanos de las fenestras, de recios y persistentes cruceros, Roulette, al contrario, incitado por sus mismos desvaríos y sandeces y por lo chocarrero de la nueva decoración, para su gusto harto mejorada, acentuó, exageró todavía más el calado, enguarnaldado y lo cortésano de la moda Luis XV. A punto estuvo de llevar su frivolidad y extravagancia hasta hacer encolar tacones rojos á los férreos calcañares de cuatro paladines con cotas de malla que, en los rincones del vestíbulo de honor, combaban su hueco y sonoro tórax. Mas, si el conde tuvo algunas vacilaciones ante tamaña profanación de las armaduras, infi-

rió otras ejecutando su programa. Todos los angostos paradizos y las retorcidas escaleras de caracol fueron colgados de tela siamesa con dibujos de llamas azules, y sólo, en el entresuelo, la imponente sala de Guardias, con sus pilastras romanas, sus artesones blasonados, su chimenea de maravilloso morillo, su astillero de tajantes, sus cabezas de ciervos de diez cuernos bramando en las cornisas, halló gracia á los disfraces de este hombre enloquecido por la furia de «lo lindo y coquetón».



## CAPÍTULO II

¡Señora, ya nieva sobre nuestros cabellos! A nuestra edad es justo dejemos los asaltos... ¡Renunciemos á todos nuestros tiernos deseos!

EL CABALLERO  
DE NERCIAT

UNA veintena de mozos lugareños, escogidos cuidadosamente después de oír el parecer del señor párroco de Narbonne, consultado para este objeto, fueron contratados como servidores y disfrazados de librea verde-botella, orillada de blanco, y calzón y medias de lo mismo. El incógnito que se impusiera Roulette no permitía ostentar el paño azul de la Casa de Francia.

El portero era el mismo que durante quince años estuvo al servicio de M. de Boute-Renard, un hombre

lento y grave, de anchos hombros, de cabeza inclinada y cabellos largos y pálidos.

Viósele pronto, todos los domingos, antes de los oficios, caminando exactamente á diez pasos detrás de la condesa, llevándole, con grande respeto, su devocionario dentro de una bolsa de terciopelo amaranto.

Las comadres le habían rodeado de fama y olor de hechicero. Predecía el granizo y las heladas, y hallaba y decía la llave de los más estuendos y complicados sueños y pesadillas.

Además de las costureras y de las doncellas de la señora de Saint-Salbi, el personal del castillo, sin incluir lo apuntado, constaba de dos cocheros, varios palafreneros, y los pícaros de caballeriza para lavar, almohazar y cuidar los ocho caballos, una cocinera y sus pinches, un peluquero, y el ayuda de cámara particular del señor conde, á quien él otorgara el título de *secretario íntimo*, mozo recién salido de la casa de un prelado, y que se llamaba Roseau.

...El cura, que era un santo varón, pobre y plegadizo, acomodaticio, tras de muchas súplicas del castellano, consintió en bendecir su secreta unión con la señora de Saint-Salbi, siempre que entrambos se comprometieran á confirmarla por nueva y más solemne ceremonia cuando las circunstancias les dieran espacio y coyuntura. Todo lo prometió y juró Roulette, pues las falsedades y perjurios no era lo que más le acobardaba. Hizo al clérigo un presente de una yegua barcina, de diez y ocho años, algo débil de las patas traseras, ensillada con gualdrapa de londrina, galoneada de plata, de la cual pendían dos talegos de escudos para los pobres, y á cambio recibió el conde un certificado de haber cumplido con el Sacramento, firmado y rubricado con esos groseros trazos de Narbona.

Y un sábado, muy temprano, en una retraída estancia, preparada y adornada durante muchos días por la señora, y en el fondo del más grandísimo sigilo, los dos esposos, muy devotos, los ojos entornados, y con sendos cirios de puño de felpa

blanca, se arrodillaron bajo las temblorosas manos del sacerdote, y deliciosamente aturcidos y azorados, se cambiaron y pusieron el simbólico anillo nupcial.

Durante el tiempo que duró el Santo Sacrificio, la señora estuvo sollozando, postrada sobre un cojín de terciopelo.

La noche de este día memorable, Roulette, que como fácilmente puede barruntarse, no se quemaba en la llama de deseos por la condesa, abandonó al sonar las diez—según costumbre—el profundo sillón en cuyo blando regazo había digerido callada y reposadamente los extraordinarios sucesos de la mañana, jugueteando con los dedos para recrearse en el centelleo de la real sortija, ofrenda de su mujer, y que ostentaba en su engarce el retrato de María-Antonieta orlado de diamanes rosas de Holanda montados á la antigua.

Depositó un beso muy cortés en la mano que le presentaba su morganática esposa, y murmuró con sonrisa delicada y paternal de marido sexa-

genario: «¡Buenas noches... hermana mía!»

Y luego, escoltado de Roseau, que le ayudaba á desnudarse, pasó á su cámara y acostóse en un lecho endoselado de plata, de un solo cabezal exornado de encajes de Flandes.

Esta respetuosa continencia no sorprendió á la señora de Spade á quien, si por un arrebato de su corazón y de sus sentidos hubiera podido olvidarlo, sus grises cabellos contemplados en el espejo, le hubiesen en seguida recordado la castidad. La señora sentíase así dichosa, pues nunca alimentara la presunción y esperanza de que el Rey pudiera hacerle, á sus años, el impúdico honor de tolerarla á su lado, bajo los mismos cortinajes de su cama...



### CAPÍTULO III

«Abundat divitiis  
—Nulla recaret.»  
LHOMOND

**D**ECIDIDO el señor conde á gozar anchamente de su ventura y hacienda, pronto atavióse con las más raras blondas y estofas, muy ufano con la carga y relumbre de la plata, dijes y joyas; los puños, de pasamanería y encajes de Inglaterra que le ocultaban los dedos; las chupas, costosisimas, galoneadas de oro, á la Borgoña. La fiebre del lujo le devoraba. Amontonó pedidos de galas, oprimiendo, angustiando á sus zapateros, boneteros, y sastres de París.

Estaba su guarda-ropa en una vasta pieza del piso bajo, de tres metros de altura, ricamente artesonada, amueblada toda de armarios de encina; y allí, bajo triples cortinas de fustán granujiento, y pendientes de flexibles aros de madera, veíanse sus vestidos, desde el holgado traje de mañana hasta las fastuosas ropas que, más tarde, habría de llevar en el salón del trono de las Tullerías; treinta juegos completos con sendos bastones y tabaqueras, todos duplicados para que, llegada la tarde, pudiera cambiar de prenda fácilmente. Al levantarse, y con ayuda de registro, indicaba á Roseau las ropas del día.

Ya vestido, después del desayuno, servíanle una inmensa fuente de sorbetes al marrasquino, y potecitos de almendradas de leche y cremas, renovadas de tres en tres horas.

Para ostentar aire gentil y señoriales apariencias dedicóse aparatosamente á sorber rapé, y coleccionó tabaqueras de invierno y de verano, aquéllas, harto pesadas; las otras más leves que la pluma; y trajo siempre en su mano lindas bujetas de

concha, obscura y rubia, de porcelana de Sajonia, de pasta de Sévres, de Menecy, de Chantilly, de marfil, de nácar, de *turbó*, casi todas con miniaturas de Klingstell, Blaremborg ó Baudouin. Y las escaleras, las alfombras, las colchonetas de las poltronas, estaban salpicadas de granos de tabaco de España.

Erraba ociosamente por los desiertos salones, solemne y ufano, los brazos caídos, resbalando por la lisura de los pavimentos de madera sus zapatos de tacón de carmín y hebillas de plata ó pasta de Wegwood que sobresalian del tobillo y casi rascaban el suelo; y de cuando en cuando soñaba acodándose sobre el mármol cipolino de las chimeneas y consolas, junto á los relojes de adornos de conchas y caracoles y relieves de bronce dorados, que figuraban siestas placenteras de Venus de muslos fatigados y travesuras y *gallinas-ciegas* de Amores licenciosos...

Otras veces paseaba desplegadamente ante los espejos haciendo la rueda, pavoneándose en sus guirindolas de Malinas con regio talante, alzando y meneando la ca-

beza, haciendo gestos espaciosos, graves, legislativos. Y después de contemplarse decíase á sí mismo: ¡En verdad que estoy sorprendentemente aliñado y pulido!»

A su alrededor, encima de las puertas, se esfumaban las pinturas murales, las Susanas y Galateas pezonesas, los mofletudos querubines haciendo cabriolas entre guirnaldas de rosas; del techo, pendían, con sus surtidores de prismas de las bujías, las arañas de cristal de Bohemia; y era lo raro, que á fuerza de oirse llamar: «Monseñor», por sus gentes, y «Sire», por la condesa, el viejo farfante ahito de pompa, llegó á creerse Rey de verdad.

Todos los días á la misma hora, paseábase en un carruaje de dos overos frisonos, guiados por Pigache que vestía librea magnífica y sombrero de tres picos.

Acorchado, hundido en el fondo, jamás el señor conde se asomaba al vidrio de la portezuela, amodorrado como un Creso saciado de riquezas.

Apenas regresaba, era preciso que comiese, que aplacase la voracidad

de su vientre. La «caprichosa» ó mundana más exquisita hubiera tomado y convertido en refinados festines de Lúculo las menores meriendas y colaciones que se le servían al señor Conde, en su blasonada y argentina vajilla. Los camareros no sosegaban de presentarle los potajes á la d'Artois, las cercetas Regencia, pasteles de codornices, filetes lampreas al champagne, *purées* de perdices Gentihomme, tortilla de huevos de faisán de veinticinco luises, como antaño en los almuerzos del mariscal de Soubise; manjares muy especia- dos; dulces, bizcochos revestidos de grajeas; y vino de Hungría de más de cuarenta años...



#### CAPÍTULO IV

«Los Reyes no tienen ninguna costumbre del mundo».  
MME. DE GENLIS

**E**N cuanto á la condesa, poco á poco había caído miserablemente en las manos de su déspota, que ya no la rodeaba de fineza y respeto, sino que la menospreciaba y se complacia burlándose de ella y haciéndola sollozar.

Sencilla, resignada y humilde, tragaba la señoras sus amarguras como si fuesen mieles; pero, su faz más pálida y exprimida, manifestaba claramente la tribulación de su alma.

Refugióse primero en la piedad, sujetándose á la observación de las

prácticas más rigurosas; además de los oficios y devociones de los domingos y fiestas de precepto, consagraba muchas horas á sus rosarios y trisagios, y guardaba severamente los ayunos obligatorios. Pero ésto lejos de suavizar y atraer al Rey lo exasperó tanto que entregóse á una desatada licencia y á la constante y escandalosa zumba de la Religión. Y bebía, se irritaba, sacudía su peluca, lo golpeaba todo, y enfurecido salía, vomitando insaciablemente torpezas y blasfemias, y se acostaba para continuar el escándalo al siguiente día. Y cuando estaba rendido y harto de iracundia y licores, la condesa, dominando su congoja, intentaba reducirlo y atraérselo, pero la anguila se le deslizaba entre los dedos.

A medida que Roulette cedía á su impetuoso prurito de insolencia y fausto, la señora extremaba los rigores de su vida de devoción y aspe-  
reza, anunciando, algunas veces, su propósito de hundirse en el fondo de la cartuja. Guardó entre granos de pimienta sus verdugados y basquiñas, sus ricos vestidos de tafetanes y

brocados, y nada más traía humildes faldas muy lisas. El conde la encontraba despreciable de esta guisa, murmurando: «¡Vaya un leño vestido, buen Dios!» Y á cada momento desternillábase de risa en su presencia, desvergonzado, procaz, mor-  
diendo nuégados, pistachones, piñonate y otras golosinas de que iban siempre atestados sus faldones.

Su furia en dilapidar aumentaba, y soltó la brida á todos sus caprichos y ruinosas locuras.

Primeramente cifróse su antojo en los trajes de casa, de exagerado galán; se hizo peinadores de brocado con flores bermejas; traía medias de seda rosa y de color de perdiz, con el blasón de Francia sobre las pantorrillas; múleos polacos bordados de argentinos colimbos con vistosos broches como los pajecillos, calzones de satén fuego orlados de cañutillo de plata. Y después su furia de galanía se detuvo en los guantes; los tuvo de tierno mancebo, de doncellita, de color tostado, gamuza, lila, del matiz de paloma torcaz, de hoja seca, de limón y pulga. Rociábase de olores, que hacían desvanecer

desde muy lejos; y todo cuanto tocaban sus manos quedaba impregnado de bergamota, frangipán y almizcle.

Por las noches, antes de vestirse sus finas ropas de cama, quedábase en calzas, chaleco de pekin verde y zapatos rosa, y mientras paladeaba tartas y mermeladas de pera, tarareaba incansablemente arietas y coplillas.

Durante tres semanas apasionóse por los juegos: aprendió el chaquete, el biribís y *brusquembille*; una mañana hastióse de todos; el «*trou-madame*», le era ya insoportable.

Se entretuvo cuarenta y ocho horas con su sello que tenía grabados dos leopardos, y dedicóse á timbrar, en cera roja, cuantos papeles hallaba sobre sus mesas, hasta los *menús* de los almuerzos.

Después hizo comprarse un brioso caballo á quien llamó *Régulo*, que pisaba cabrioleando bizarramente; y sólo le montó una vez, que ya no podía aventurarse á la silla.

Mitigado este terrible acceso de lujo y despilfarro imaginó distraerse en el cultivo de los jardines, y apenas hubo salido algunas tardes por

el parque, retozando entre los arbustos, con su podadera en el bolsillo, menospreció también este capricho.

Y tocóle el turno á la manía de las pelucas. En una galería honda, estrecha y abovedada, desde donde se alcanzaba todo el inmenso valle, ciento veinte modelos de cabelleras de todas hechuras, alineadas en largos estantes, se ofrecían pomposamente cubriendo las hormas de maderas preciosas de figura de seta; allí estaban las pelucas á lo aventurero, á la dragona, grulla, brigadier, con sus tres martillos ó mazos de rizos, ala de pichón... Muchas veces al día, encerrábase el príncipe con sus moños empolvados, dedicándose á un minucioso y complejo ensayo de tocados ante el hermoso espejo de Venecia, envuelto por nubes de almidón.

Recordaba entonces su lejana época de postillón, calzado de cuero hasta las ancas, como Pigache y Fermín, restallando la recia trenza de un látigo por calles y caminos, con su linda peluca á lo lord Cato-gán encorbatada de cintas de seda

negra que le flameaban ruidosas sobre su espalda.

Ante los portales de las ventas, los caballos regados de sudor, arrojaban el humo de su aliento jadeante, sacudían las campanillas, relinchaban al olor y querencia de los pesebres, y Roulette voceaba llamando:

—¡Eh, hola! mozueta: ¡echa dos copas y tráelas!

Y mientras la mesonera y las fregonas le vertían, alzando el brazo, el último trago, él les pellizcaba el seno y las caderas, y entonces estallaban risas destempladas de cocina y zumbas soeces...

¡Oh, ellas no le llamaban «Su Majestad», ellas, no!

¡Después... qué jornadas... qué relevos...!



## CAPÍTULO V

«Mis bienes, mis tesoros son las flores.»

CARDENAL DE BERNIS

**S**EPTIEMBRE fué como un encantamiento primaveral. Un sol tibio, dulcísimo bañaba el paisaje; reflorecieron los rosales y los ruiseñores vocalizaron á las estrellas, como si mayo hubiese descendido, por segunda vez, del cielo á los campos.

La condesa, de día en día, plegábase, hundíase más en su mezquindad; con los párpados humildemente inclinados, sus pies dentro de mudos pantuflos, vestida de rígidos corpiños, esclavina y halda muy lisa, se deslizaba, tímida, huida por los

hondos corredores, tan frágil, tan menudita, que aparentaba no pesar una onza, y parecía un tejoncito prisionero bajo los cerrojos de esta negra fortaleza.

Su quimérico amor por el pasado la empujaba á intensas y frecuentes exaltaciones. Entonces apetecía pasear su noble vida por lo profundo de las soledades sábia y bellamente frondosas, y sus ansias retrospectivas la hacían alejarse y extraviarse por imaginarios países de abanico y de mampara, animados de coquetones molinos, con mansas corrientes de agua surcadas de vistosas barcas que tripulaban galanos y empolvados músicos. Y con el mismo ardimiento suspiraba la señora por las gentiles siestas y diversiones de aquellos tiempos, perdidos para siempre, como las cacerías á la luz de las antorchas, los festines y meriendas en los *belvederes*, servidos por lujosos pajes y lacayos, los bailes sobre el césped donde se entrecruzaba un enjambre de danzarines con chupa rosa y tonelete de plata. Pero á estos gustosos transportes seguía un reverso desconsolador y terrible.

En estos instantes de abatimiento parecía una vieja dama contemporánea de la guerra de los Siete años, su nariz se prolongaba y en sus pobres ojos desilusionados moría todo un crepúsculo.

Siempre acompañada de sus dos grandes gatos angorás; el uno de piel parda azulada, de esos llamados gatos-cartujos; el otro, concoloro, matizado como un carcajú, la condesa, con su mantellina de seda velluda y anaranjada, vagaba furtivamente por los desiertos salones cuyos altos espejos con diademas de oro, devolvían su figurita rugosa, corva y lacepada, caminando á saltitos, y hablando con voz cascada á sus animales predilectos: «¡Minon... Mistigris!»... Más, la señora se moría de tristeza, y transida de desesperación, que devoraba sin dejar asomar ni traslucir el más leve indicio ni quejumbre, para alentarse, acudía al recuerdo de otras damas desventuradas, que probaron sus mismas hieles. Entonces, dominaba su pena, hacía retroceder sus lágrimas, y la imagen de la constante y abnegada Maintenon,

alzábase ante su alma, con esa indiscutible autoridad que sólo tienen las lecciones y enseñanzas de la Historia.

Para distraerse y mitigar sus ocios, ayudada del jardinero, un viejo sordo, de rollizas espaldas, trazó y compuso pacientemente, cerca de las ruinas del antiguo castillo, un maravilloso *reloj de Flora*.

Era una plantación en ruedo, figurando un amplio y completo cuadrante, una esfera de flores ridículamente escogidas, que abriéndose ó cerrándose en precisos minutos del día componían un raro péndulo vegetal movido por el sol, avanzado ó retrasado por las estaciones, y cuyas olorosas agujas señalaban sin equivocarse nunca, la marcha del tiempo.

A las tres de la mañana se abría el *salsifi* de los prados; á las cuatro, la *achicoria salvaje*; á las cinco, la *lechuga*, á las seis, el *hypochoeris* jaspeado; á las siete, el *nenúfar* de los campos; á las ocho, la *maravilla*; á las nueve, el *ficoide* napolitano. Y desde las diez hasta las cuatro, una después de otra, se iban cerrando con

la misma puntualidad: la flor de los Alpes, la cerraña de Sajonia, el clavel prolífero, la oreja de ratón, el botón de oro utriculoso...; y en fin, alternando por misteriosa eficacia, el dondiego entreabría sus labios, como para recibir un beso, á las cinco; sesenta minutos después, el *geranium lividus* apretaba ferozmente los suyos; y la adormidera inclinaba la cabeza y se dormía dos horas antes del despertar de un cactus de grandes flores que plegaban sus pétalos cuando sonaba la media noche.



## CAPÍTULO VI

«Es preciso guardarse, como de Satanás, de los animales que tienen la pezuña hendida».

*Historia del Diablo, en Amsterdam, á expensas de la Compañía.*

MDCXXIX

**M**IENTRAS el Rey sólo se ocupaba de sus villanías, bajezas y contiendas, la señora hallaba algún resquicio de felicidad y consolación cuidando las amadas plantas de su jardín privado, arrancando las malas hierbas, cortando las hojas secas, atravesando la tierra con horquillas y tutores de las matas.

Todos los días, á pesar del inseguro tiempo, era preciso, que dejase á ratos, su cámara, y bajase á admirar el florido *Rejoj*, que iba rodeando

con menudos pasos, las manos cruzadas, llena de compunción.

A la derecha y siniestra, en los parterres gloriosamente recortados con dibujos de flores de lis, bordeados de menudos bojés, alborozaban la mirada las rosas liláceas, encendidas, malva y carnosas, las balsaminas, la vara de S. José, los farolillos, las campánulas cárpatas, la anémona celeste, los amarantos, las disciplinas de religiosas con sus racimos caldizos, la púrpura de nepal, la hierba del viento que balancea sus opacas campanillas, la cabeza de dragón, las aguileñas rojas de vislumbres azafranados, las aladiernas con sus penachos blancos y verdes, colores de la Casa. Y en la orilla y desde el fondo del melancólico estanque emergían las ofelianas plantas acuáticas: la sensitiva flotante, las ninfeas de Asia, los nenúfares de largos platos de un hermoso esmeralda...

Más lejos, los bosquecillos, podados sabiamente, sumergían la perspectiva de sus avenidas embovedadas como catacumbas de verdor, los sombríos senderos se entrecruzaban

en una misteriosa frescura, y por encima de los macizos de arboleda los torreones del castillo subían impetuosamente al cielo.

Ningún piar ni trino de avecitas regocijaban estas soledades. Los abejarucos y jilgueros habían abandonado desde tiempo atrás, estos céspedes y frondas donde las sierpes se aventuraban á morder y emponzoñar los nidos. Sólo resonaba monótono y acompasado el ruido de las aceradas serrezuelas de algún insecto que roía el corazón de los troncos centenarios. Pero, de cuando en cuando, dentro del gran silencio se elevaba como una carcajada sarcástica que parecía arrojada por la ruda garganta de un hombre primitivo, un balar trémulo propagado por los ecos que lentamente se iba apagando á lo lejos. Y aunque la condesa estaba avezada á oír la no podía reprimir un íntimo miedo y estremecimiento. Después, el ruidoso galope de un animal corpulento, trabado de lianas y zarzas, hacía crujir la espesura arbustefia; percibía su ronco soplo, y á través de los setos, bruscamente hendi-

dos, inmóvil y solemne asomaba *Catedral*.

Ennoblecido con este inmenso nombre gótico por su antiguo dueño el señor de Boute-Renard, que lo dejara libre en el parque después de haberle hecho dorar los cuernos, abrigado por su crespo sayo, un solitario carnero del Danubio paseaba entre los escombros del antiguo y hospitalario señorío su altiva y desdenosa longevidad.

Casi siempre triscaba entre las ruinas; columnas rotas, jaspeadas, trozos de muros que las hiedras ataban con sus verdes brazos, macizos de barbacanas desmoronadas, revestidas de líquenes cenicientos, fosos profundos en los que antaño precipitaban á los condenados secretos, ahora cegados piadosamente; el calabozo subterráneo de una torre que sirviera de prisión de mujeres, en cuya hondura todavía estaban los garfios de hierro donde el marido podía colgar de los cabellos á la esposa culpable de haber mancillado el lecho nupcial.

Arrastrando, como un faldellín de cola, su pesada pelliza Tibetana,

*Catedral* era el único sér que turbaba la noble paz de estas ruinas. Con pata rápida y elástica las escalaba impetuosamente, y surgía en pleno cielo, erguida la cabeza, posado sobre un capitel, sobre una eminencia, semejante á esas sepias de Hubert-Robert ó de Panini, mascujando con el borde de sus labios una delgada hierbecita. Sólo su presencia animaba y fortalecía el desierto y melancólico paisaje, multiplicando sus simultáneas apariciones á distancias tan inverosímiles, de extremo á extremo del parque, que hubiera podido creérsele dotado de ubicuidad. Pero lo más peregrino era la movilidad ondulante de su ser, su seguida y radical mudanza, las transformaciones de su hechura de carnero, según el capricho del tiempo, de la fantasía, de la decoración de la hora; la especie de piel nueva, instantánea que parecía criar muchas veces al día esta bestia maravillosa. Tenía las uñas hendidas, ahorquilladas, de sátiro, sus perniles temblaban nerviosos, humanamente, bajo sus flotantes vellones, un lomo largo á propósito para ser montado

á horcajadas por risueños niños desnudos, un mechoncito ralo, mefistofélico en la punta de su mentón, dos cuernos magníficos, que curveaban en espirales luminosas rodeando sus orejas, como en los antiguos cascos merovingios. Ya parecía, cuando se paraba vacilando el ramaje, con su hocico teñido de moras y su pupila inflamada, un buen fauno ébrio, saboreando, escondido á través de la fronda, los solaces de un grupo de ninfas bañándose, y entonces evocaba mil recuerdos égloga, Dafnis y Cloe, el poema de los sencillos amores donde vaga el espíritu de Longo; ya, impenetrable, absorto en una gravedad bíblica, semejava un altivo carnero de Canaan, ó una víctima propiciatoria esperando el tajo del cuchillo del Sacrificador. En fin, el fuerte y pagano olor de su virilidad, elevado por las brisas, traía el sueño de la corrupción antigua, los juegos orgiásticos, los festines romanos en lechos festoneados de rosas, el hombre y el bruto ahitos de viandas y salacidad acertando, suprimiendo las distancias entre ellos, confundándose en la más

abyecta y monstruosa de las camaraderías.

...Desde la tarde de su llegada, la señora de Saint-Salbi había mostrado una instintiva repugnancia por *Catedral*, quien á su vez, significara su predilección por Roulette, precipitándose á su encuentro haciendo graciosos corcovos cuando lo columbraba por las alamedas, como si hubiese barruntado, en su adivinación de viejo solitario cargado de malicias, lo muy truhán y aventuro que estaba hecho este buen conde de Spade.

...Y los días se deslizaban para la señora dentro del hastío, de la nada, aunque ella se esforzaba por llenarlos de ocupaciones y menesteres. Cuando las lluvias la retenían en el castillo dedicábase á escoger hierbas aromáticas de las que componía linimentos y bálsamos: bálsamo de Fioravanti para los ojos; bálsamo Turco para las llagas y heridas; ó bien preparaba helados y mermeladas de albaricoque, que el Rey consumía atrocemente en sus postres.

Apenábase la señora viendo que el Príncipe degeneraba y caía en el más grosero abandono y negligencia, sin preocuparse, sin pronunciar una palabra del porvenir, alejado cada día más del Trono. ¿Habría olvidado sus deberes y renunciado á sus derechos? Después de tanta gloria amontonada siglo por siglo, después de tantos infortunios, de tantos asaltos, matanzas y estandartes, se hallaría amenazada de la vergüenza de ver convertidos los heroicos Torreones del Halcón negro en la Capa de un Borbón perezoso?

Roulette continuaba sepultado en su idiotez, refocilándose en su grosería, mofándose de su esposa siempre que ella le dirigía un delicado consejo ó advertimiento.

Durante las comidas servidas en silencio glacial y en las taciturnas veladas, ya no platicaban, como en París, de la próxima Restauración monárquica. La condesa pensaba siempre, siempre en ella, pero jamás se atrevía á decirlo.

Abrasado y enardecido por los alcoholes y cebado de trufas, el señor conde paseaba sus digestiones

por la sala de Ana de Bretaña en cuyos muros las tapicerías de altos lizos mostraban el triunfo de Mardoqueo. De rato en rato, girando sobre sus talones, ensayaba alguna danza, y luego entonaba réciamente las canciones de antaño: la *Catacona...* *El puerto de Mahón lo han tomado...* *Mi padre está en la olla...* Y el escándalo de los regocijados y picarescos estribillos hacia huir saltando á los espantados angoras, y la condesa avergonzada y enfurecida de la insolencia, se tragaba heroicamente su desesperación.

Algunas veces, asomado á la ventana, hacía se traer la trompa. Bajo, en medio del enarenado patio, Pigache y Firmin reforzados por seis picadores y mozos de cuadra, cantaban y tocaban con sus trompas el *Sueño*, el *Despeñado*, la *Princesa*, desgañitándose, á punto de estallar ante un señor que nunca se saciaba de oírles y mirarles.

Despiadadamente les iba exigiendo toda la colección:

—¿*La Reina*, ahora?

—¡*Venga*, bribones, la bella *Dama de Piedra!*

—¿Y los *Pequeños senderos de Avon*?  
Y os dejo descansar.

Y seguía el Príncipe soplando su cuerno. Y oyendo sus broncos sonos, la señora sentía flotar, en la nostalgia de la tarde, todos los rumores, voceríos y relinchos de la antigua montería francesa. La campaña desierta poblábase para ella de grandes caballos píos ó tordos, enjaezados ricamente de blanco, montados por gentilhombres cubiertos de terciopelos, con anchas botas, armados de rejonos y cuchillos. Intrépidas amazonas franqueaban ribazos y troncos de árboles caídos entre nubes de polvo que cegaban sus cabezas aturcidas. Y la jauría ladraba y aullaba por los bramidos de los ciervos, ante la agonía del lobo y del javato.

Mientras la condesa, recogida y absorta en su quimera permanecía inmóvil como una estatua, aquellos ocho hombres, en rueda, arrojaban su recio trompetear bajo las estrellas que empezaban á lucir en el cielo... Llevado su tañido rauda y locamente por el viento, bajaba á la

llanura, subía á los collados, atravesaba la arboleda lejana, y apenas extinguida, tembloreando, la última nota, se dispersaban los postillones y caballerizos, ufanos y rendidos, bañados de sudor, extraviados los ojos, balanceando las trompas todavía tibias de las tocatas que acababan de ladrar por sus pabellones de cobre. Entonces, atascándose la nariz de rapé con sus gordos pulgares, derrumbábase el conde en un ancho sillón, en cuya profunda blandura quedaba inerte, con las piernas cruzadas; sus brazos se le caían, resbalaban á lo largo de sus nalgas, las palmas de sus manos hacia arriba, los dedos separados; rodaba su tabaquera; y á poco, roncaba estrepitosamente, ladeándosele la peluca sobre la oreja...